

el pálpito

En una que Tata Mundo estuvo muy enfermo, tanto que se llegó a pensar que de esta vez se nos enfriaba para siempre, fui con algunos primos a visitarlo y le llevamos un roncito con nances, viejo y bien asentado como a él le gustaba. Ya había pasado su peor momento, y ahora nos lo tenían convaleciendo atendido de tres buenas parientas, que se desvivían por apaciguarle el mal genio que de hallarse acostado le había salido, y por hacerle llevadera la temporada en cama. No estaba, claro está, en todo su humor de abuelo, pues como era de los que se amohinan y avergüenzan de verse cogidos por enfermedad, decía él que todo hombre respetable había de agenciarse una buena salud, y a los achaques y dolencias los tenía por debilidades casi voluntarias. No sé de dónde se le ocurrían tales ideas, mas él se pasaba ufanándose de que si había llegado a tan viejo era porque lo había querido, como, de haberle dado su gana, ya se le habría entregado a la pelona desde mucho tiempo atrás.

—Ajá —nos dijo—, ¿ustedes estaban creyendo que se les iba Tata Mundo? Pues se equivocaron.

ron, muchachos. Todavía daré que hacer un tiempo más. ¿No ven que a mí me sabe dulcítica la vida? Hay aún unas cosillas que chuparle y algunos jugos que beberle —. Y ahí no más se sirvió del ron que le habíamos traído, y ni intento que hizo de convidarnos. Lo saboreó con gana, y llamó a una de las mujeres para que nos hiciera a nosotros un chocolate, no fuera a ser que se nos reventara la hiel.

—Si en peores me he visto, qué van a creer. No digo yo que en una de tantas el hombre no acabe por boquear y apagarse, pues hasta donde dan las fuerzas llega la piedra que uno tira, y no más; pero mientras no se le termine el pabilo uno puja y algo sigue alumbrando. Miren; todavía empujo para adelante. Vergüenza debía tener de verme aquí acostado. ¿Saben? Esto me recuerda la vez, ya muy lejana, en que tuve que pasarme asina por más de seis horas, y en aquella sí que de veras casítico me duermo para siempre. Sólo que no era en colchón, ni entre cobijas. Fue en la pura mar y por la pura tuerce. Allí sí que no había doctores ni curanderos ni parientas que lo enjundiaran y trajeran a bien a uno. Allí los que andaban dundos eran los tiburones. ¿Que cómo fue? Qué voy a saber yo; juventud y atrevimiento. Unas cholitas lindas de Puntarenas que nos estaban espiondo a algunos interioranos, malos conocedores del mar, y por quedarles bien y dárnoslas de nadadores se nos metió el diablo de ponernos a zambullir bien afuera, por el lado de La Punta, allá donde el aguaje

del mar y el aguaje del estero se la están dando siempre de cabezazos y arman una remolinera endemoniada. ¿Saben una cosa? Ahora que he estado tan chocho, he dado en acordarme de aquellos años y aquella barbaridad que me fue a pasar, y miren que me ha servido de mucho. Pues yo me decía: si entonces aguantaste, vas a aguantar ahora. Y aguanté. Bueno; hay una pequeña diferencia. No son lo mismo los veintitantos, que esta gran carretada de años viejos que ahora cargo en el cuerpo, pero, lo uno por lo otro, si entonces fue en colchón de marejada con vaciante donde me caí acostado, ahora fue en buena cuja y sin más tiburones que estas tres mujeres que se lo quieren comer a uno a punta de sinapismos, bebedizos que saben a diablos y calditos de gallina. Y vean ustedes lo que son las coincidencias: esta de ahora me pasó por querer tirármelas de ser el vejestorio más bien templado de estos barrios. Con los fríos que andaban emporrando a todo el mundo, a mí me dio la cabeza dura por salir al viento sin chaqueta nada más que para que mano Domingo y ñor Eustaquio me siguieran teniendo respeto, y de ahí me penetró la pulmonía de la pechuga a la espalda. Y sucedió con ellos dos que allá me quise poner entonces de tagarote con una de las porteñas; por demostrarles que yo era más gallo me metí más adentro, total para que resultara lo de muy hombre en que me vide a poco braceando y chapaleando a lo loco y a lo tonto. Cuando me percaté fue perdido, medio ahogándome, y con todo el mar encima. No me quedó

más pedazo de vida que volverme de espaldas y flotar, a lo que Tatica Dios y los tiburones quisieran. Domingo y Eustaquio dijeron a desesperarse dándome por muerto. Para más ay de mí se soltó una ventolera, que es que dicen que todo el mar parecía un espumarajo, tanto que no se animaron los propios del lugar a salir en bote a mi rescate, sino hasta pasado aquel colerón de la mar. Santo Dios; y yo para arriba, para abajo, para acá y para allá, sin saber naide, ni yo mesmo, a dónde rayos iba ni si estaba vivo o muerto. A mí lo que se dice se me entró la noche en el cuerpo. Pero el cuerpo da en veces el puñetero por volverse duro que ni un caracol. Cuando ya me andaban buscando por el golfo como una docena de bongos, vine a escorar hecho una muerte por el lado de Barranca, así que había comenzado la creciente. Más de otro lado que de este, me encontraron en la playa unos pescadores, quienes a manazos de guaro y con fricciones me volvieron a meter el ánima en el cuerpo. Hombre, y tan galán me la aseguraron, que todavía me dura, y miren que bien agarrada . . . Aquello dio que hablar por largo tiempo, y pareció tan raro a los entendimientos, que a poco se volvió mentira y se murió para los demás, como un cuento imposible. Y a mí me hizo pensar que si no me había zampado el mar a mí y yo no me había tragado medio mar por los pulmones, no fue más que de puro rijio de vivir y porque no le tengo pizca de voluntad a la pelona. Adió; por más agua que tragué y fuerzas que perdí, no aflojé el hilo de la cabeza y estuve

claro y agarrado a la gana de vivir hasta que sentí arena debajo y apreté cosa firme entre los dedos. Caray, allí sí que me desmadejé y no supe más de mí. Pero lo cierto es que hasta las tintorerías por lo que veo me anduvieron con miedos, y eso que yo cargaba entonces más de seis arrobas de buena carne. Y para que ustedes aprendan a nunca dejarse malbaratar por unos centavos de tontería, sepan cómo ya yo todo vuelto una grandeza y una importancia, apenas repuesto del susto me fui por donde vivía aquella sandía de cholita linda, pensando que ahora, con tanto viento a favor mío y hecho una pura hinchazón de vanidad, me la iba como quien dice a navegar a todo gusto o pescar de un solo arponazo, mas adivinen en lo que paró el cuento: me fue resultando que es que casada, y honrada, y con tres críos, y tan mancornada a su marido que sólo veía por los ojos de este. Por malicioso y pagado de mí, había tomado como bramido de vaca en celo lo que no era sino inocente simpatía por un interiorano atolondrado. Lo que se llama marrar el tiro, no hay caso; pero de allí empecé, m'hijitos, a tenerme a mí propio en más estima, y a cuidarme en adelante mucho mejor . . . Sólo que últimamente me dejé por ahí olvidado que ya no soy un mozo novillo. Caray, sí; debía haberme puesto la chaqueta.

Como que el licorcillo había animado a Tata Mundo, porque ahora que había cogido por el tallo la palabra, no hacía por dónde soltarla. Dio otra chupada al ron y continuó:

—Bueno; vean qué fácil es para la gente decir de estas apreturas en que un fulano debería de morir y no se muere, que es que el tal no estaba en la raya. Pero a la verdad que con hablar asina nada se dice y es asimesmo quedar en blanco. Otras veces se cae en el tan relamido cuento de que es cosa de casualidad, y yo tengo para mí que estas ideas tan cómodas son refugios que la mente se hace cuando no halla explicación al caso raro que se le atraviesa. Porque, muchachos, a mí naide me quita el pensamiento de que la humanidad todavía anda gateando como un niño de meses, más que haya aprendido a volar en esos abejones de aeroplanos o ya pueda platicarse a distancia y hasta mirarse la figura a leguas de leguas, en eso que mientan radio y llaman televisión. Si no, quién de ustedes puede bairlarme en la uña este trompo que les voy a contar, y que me aconteció con un faldero que tenía hace un rosario de años, cuando me desterraron en San Carlos. El perro aquel había tenido que quedarse en Abangares con unos amigos míos, que se lo dejaron en su casa. No les niego que yo sentía mucho apego por el animalillo, pero a los meses, todo desmantelado por las montañas, ni me acordaba de él; y allá me fue llegando el pobrecito, tan caído en flaquezas y en pulgas que más gordo estaba un espinazo de pescado. Sí señores; allá fue a dar el chucho, y tan contento. A mí casi se me salen los sesos por los oídos de pensar y averiguar cómo se las compuso mi Canelo para dar conmigo. Mientras me lengüeteaba y lloriqueaba del gusto y

el sabor de encontrarme, se me abrió en la cabeza tamaño hueco de ignorancia, que todavía me queda vacío, a ver si es que hay alguien tan sabio que se me anime a llenármelo con una aclaración. ¿Fue que me oliscó en el aire, a tantas jornadas de camino, sin haber nunca estado por allá? ¿Fue que se lo oyó decir a algún cristiano, y de ahí se echó a las carreteras, preguntando a los pájaros cómo y dónde, u orejeando mi paradero de boca de las gentes, asina, de casualidad en casualidad como suele decirse? ¿O es que los perros oyen y ven lo que nosotros no podemos, de tanto que nos calentamos la cabeza con estudios y recetas de saber? Yo les voy a decir lo que de esta rareza creo, aunque arriesgue quedar de tonto y atrasado. Y es que los chuchos listos entienden mucho de lo que hablamos. La cosa es que como ellos no manejan palabra sino apenas ladrido, se lo han de guardar para sí mismos, pero de allí que en veces se porten como cristianos. Mi chucho debe de haber parado las orejas más de la cuenta, oyó decir dónde me podía encontrar, y de orejeo en orejeo fue por pueblo y pueblo, y de gente en gente, averiguándose la picada para Aguazarca de San Carlos, con paciencia y un garabato.

Aquí el bueno de mí le fue diciendo a Tata Mundo:

—Tata, ¿no cree más bien que fue con el olfato que dio con usted? Hay perros que rastrean muy bien.

Y el viejo se echó a reír:

—Ah, no, muchacho. Hasta allí sí que no. Yo sé que tengo mi almizcle fuerte, pero ya tanto que dure pegado a los caminos por ahí de medio año sin que lo laven lluvias ni se lo lleven vientos, ah no. Porque si es asina, Dios coja confesados a todos mis parientes y conocidos.

Aguacero de burlas el que me cayó encima. Hubiera preferido que mis primos me dieran de pedradas. Pero Tata Mundo acudió y me echó una mano:

—No, si esto no es para risas. Hay derecho a encender una velita en todo trance oscuro, aunque la velita esté equivocada. Y yo digo que son más las cosas raras que las claras las que se le presentan al hombre conforme va trepando la cuesta de la vida, de modo que a los finales no sabe un punto más de lo que a sus comienzos. A saber si el Canelo que les digo era adivino. Pues si adivinos hay entre los que andamos en dos pies, bien puede que los haiga entre los que van a cuatro patas. Como mi prima Eulogia, la que yo llamaba mi ángel de la guarda. Pero esta es otra historia, y de más antes, cuando apenas andaba el que aquí ven en los diecinueve.

El viejo hizo un alto y se acomodó mejor contra la almohada. En la cara se le veía una sonrisa llena de recuerdos:

—Me parece estarlo viendo todavía. Nos hallábamos varios de aquel tiempo jugando gallos en un potrero. Acababa un cuijen de tío Lencho de descuarjarle el pescuezo a un giro lindo que era mío,

y de ahí que yo no estaba muy cómodo de ánimo que digamos. Al rato fue llegando Erasmo, el tonto que teníamos en San Jerónimo, de esos que nunca faltan en los pueblos, los unos porque salieron asina de nacimiento, y los otros porque van hallando conforme se hacen mamulones que no es mal pasar el llevarla cómodos y comiendo ajeno a cuenta de aparecer faltos de entendimiento. Erasmo creo que era de estos últimos, porque de cuando en cuando sacaba de debajo de la mollera unas ocurrencias y unas vivezas que ya se las tomara uno para su propio manejo, pero lo cierto es que por lerdo y sencillo lo teníamos y como a tonto lo tratábamos. Bueno, no hacía daño a naide. Era una alma de paz que hasta le servía de adorno a nuestro barrio, pues en todo lugar que se distinga ha de haber quién haga los mandados fáciles y esté para entretenimiento de los que les gusta jorobar al prójimo. Allá fue el tal llegando con su gallo. Como era gallo de tonto, naide creyó a las madrugadas que fuera otra cosa que un tonto de gallo. Erasmo puso sobre el zacate un billete nuevecito de cinco pesos, comenzó a sobijearle las patas al de pelea, y luego a manosearle la cabecilla. Se echó una risa de esas de puro inocente, larga y como sin razón de nada.

—¡A ver quién se anima con mi gallo! —, y se volvió a soltar otra cajuelada de risa, mientras le enchilaba y soplabá el traserillo al de pelea, para encenderle los bríos.

—¿Ese es el cruzado con gavilán? — le preguntó tío Lencho.

—Ese es gallo-gallina —dijo otro.

—Y está clueca —agregué yo por fregar.

Erasmus seguía riéndose a tontas y a locas. Tiró el animalejo al ruedo y, qué se imaginan ustedes, este dijo a chiquearse todo rajón, y se soltó a quiquiriquear que daba gusto.

—Diay, qué hubo —dijo el tonto—. ¿Naide se anima?

Y entonces el Flaco Arroyo echó su gallo, un pintado muy sazón al que no había quién no apostara, por lo noble y rijioso. Achará que el Flaco Arroyo no fuera tan buen hombre como buen gallo era aquel pinto. Para no cansarlos más con palabras, el gallito del tonto Erasmo, que tampoco se parecía a su dueño pues fue resultando un racimo de mañas y listuras, se manejó como un veterano y se echó la pelea al buche. Primero tuerteó al de Arroyo, después le desgajó una ala, y por último se lo sopló limpiamente de tres espolazos. Hubieran oído la gritería que armamos. Fue un rato largo lleno de caldo gustoso y meneadito. Erasmo se reía como un ángel en la gloria y le daba besos a su gallo, cuando empezó el Flaco a alegar no sé qué cosas, le arrebató la plata de la apuesta, y le dio dos planazos con la realera.

—Hombre, Arroyo, qué es eso —no me aguante y le dije—. Sea buen perdedor.

Y entonces, para que viera el caso que me hacía, le arreó otros dos realerazos al pobre Erasmo,

que se puso a gritar como una mujer. Yo sentí cuando la sangre se me trepó a la cara y me la puso roja. "Ah gran vaina —me pensé—, ahora voy a tener que parármele al Flaco, y yo apuesto que no me gusta para nada. Pero no hay más dónde"; y eché mano a mi realera. Caramba, no sé cómo, pero le pude al hombre. Le di cuatro o cinco cuerazos bien medidos, y esa vez la cosa no pasó a más porque los otros intervinieron, me agarraron a mí y tuvieron entre todos al Flaco. En la que te habías metido, Mundo loco. ¿No ven que el tal Arroyo era de sangre turbia, tirrioso y vengativo? Contaban por ahí que ya se había echado un muerto a la espalda, y a las malas, en una tremolina que una vez se armó por Miramar. A mí me la juró. Una noche, estando él muy pasado de guaro, me alzó bochinche frente a una pulpería. Otra, me aguaitó en una curva del camino. En las dos salió por dentro, pues la primera estaba tan tragueado que le arranqué la cutacha y con ella le di su buena castigada; la segunda, como ya andaba yo quisquilloso, me cogió armado. No habiendo qué escoger, me la jugué completa, y aunque me logró en una nalga, lo volví a cobijar bien cobijado, tanto que terminó tirándome de filo y a cortarme. Hasta que me lo traje al suelo, y de ahí le dije:

—Hombre, Arroyo, déjese de babosadas. Yo nada tengo contra usted. Esto sí que se llama estar-se peleando por un motivo tonto. Quedemos amigos.

Hombre, y me extendió la mano. Respirada la que di cuando se la estreché. Yo le eché llave allí al asunto, contento de haberlo ya dejado atrás para más nunca.

—Pero, ¿qué hay de su prima Eulogia? ¿No era de ella que nos iba a contar?

—Paciencia, muchachito, paciencia. A ella voy, que ya es tiempo. Mi prima bamboleaba ya sus cuarenta años en su gran corpachón de yegua gorda y grande cuando esto que les cuento sucedía. Tenía fama de buena, de servicial y dadivosa. Parecía un convento de monjas, sin asco para cuidar enfermos, atender partos y enterrar muertos. A mí me quería mucho, pues cuando yo salí del vientre de mi mamá ella vivía en casa, y le tocó chinarme siendo chacalín. Quizá fue muy madre conmigo, y madre siguió siendo conforme me estiraba a grande. Mi prima Eulogia siempre me llevaba la cuenta, aunque yo no me percatara. Cabalmente si entonces yo tenía bueyes y carreta se lo debía a ella, que me había prestado unos pesos para mercármelos y hacer vida. En aquellos días estaba redondeándome una jalada de madera para un amigo mío, y todo el barrio sabía que de día de por medio, a eso de las cuatro de la madrugada, pasaba yo con mi cureña en camino hacia Alajuela, cargando algún tablón de cedro o de genízaro. Todavía estaba oscuro cuando, como cosa de fantasma, me salió prima Eulogia desde un cafetal orillero y se me pegó a conversar de una sencillez tras otra, sin que

yo diera en el rastro de lo que quería decirme ni qué diantres se traía en mientes. Como pude rompí brecha en aquel chaparrón de palabras y le pregunté:

—Pero, Eulogia, ¿qué hace a estas deshoras aquí? ¿No ve que ni ha empezado su trabajo el sol, y está lejos del pueblo?

—Ah, ya. Se me olvidaba, Mundo. Es que traigo esto para que se lo dejés a ña Cisneros en San Josecito. Decíle de mi parte que no me he olvidado de su encomienda, y que de aquí a una semana le voy a dar razón por allá.

Pero en vez de entregarme el encargo, se despachó mi prima con la sin-hueso nuevamente, va de palabrería y va de cuentos que a mí maldito lo que me importaban, hasta que casitico me enojo y por un tris no le digo algo. Porque era ella me lo callé, mientras veía cómo ya la cureña iba bien lejos y apenas la medio oía trastabillando entre las piedras del camino.

—Prima, que se me hace tarde. Llevo más de diez quintales y no quiero que los bueyes entren solos en el puente.

—Esperáte, esperáte, Mundo. Todavía se me olvidaba algo. Si ves a Chico Lépiz en la plaza de ganado, le preguntás por . . .

Bueno, por esto, y aquello, y lo otro, y lo de más allá. A las tardes, me resigné a quedarme, ya en la duda de que a Eulogia la de pensar no se le estuviera cuarteando por algún trastorno de solterona. Apenas me largó, me las caiteé corriendo a

ver si daba alcance a los bueyes. Ya empezaba la primera luz de la madrugada a blancuzquear el camino entre un ruidal de pájaros bullangueros, cuando columbré la cureña entrando muy oronda por el puente. No era puente largo, pero sí de mucha altura. La quebrada pasaba honda, como para marearse cualquiera. Jovencitos, lo que me tocó ver. Desde unas cien varas, no digo que divisé, sentí más bien que la cureña ya no estaba, mientras oía algo como si se quebraran veinte tinajas con agua. Tiré el chuzo, me agarré la cabeza con las manos y salí de estampía. Abajo estaban bueyes y cureña hechos una lástima, y el puente desgajado en dos pedazos. Yo me senté a dolerme en un pedrón allí a la mano, y al rato vino apareciendo Eulogia, que me había seguido. Estaba sofocada, pero yo nunca espíe mayor contentera acomodarse en una cara, que la suya cuando vido el desastre. Me abrazó:

—No te aflijás, Mundillo. Ya mercaremos otra cureña y otros bueyes. Yo te presto la plata --, y tamaños frijoles tiernos le brillaban dos lágrimas.

—Quiere decir, Eulogia, que usted sabía esto.

—No, hijo, qué lo iba a saber. Pero me desperté como a las tres muy asustada y afligida, con una imaginación asina, muy parecida a esto que estás viendo, clavada aquí en la frente. Por más que quise limpiármela, no hubo cómo. Me levanté y por entre cercos y cafetales te alcancé y pude entretenerte. No quise decirte nada por no arriesgar que lo fueras a coger a broma y no me hicieras

caso. Me daba un palpito que aquí había algo malo esperándote.

Ya ven: lo había adivinado prima Eulogia. De allí para acá yo la seguí queriendo mucho más y siempre dije que era mi ángel de la guarda.

Nunca se pudo descubrir quién fue el de aquella zamarrada. Las dos vigas del puente habían sido cortadas con hacha durante la noche. Pero dio la gran casualidad de que el Flaco Arroyo se hizo humo desde entonces y nunca más volvió a verse ni pintado en San Jerónimo.